

Jamás en otros veranos sintió en las galerías un calor tan agobiante e intenso. Un vapor de aire caliente y olor a resina quemada se infiltraba por todas partes. Este calor tan inusual le hizo intuir que corría un enorme peligro. Y que si salía a la superficie iba a ser peor. Por lo tanto si quería sobrevivir, debía trasladarse a otro lugar de la red de galerías y madrigueras que él mismo había construido durante largo tiempo. Así que, guiado por una brisa subterránea de aire fresco, buscó un sitio ancho en el que creyó estar más seguro; Pero el calor y el humo eran cada vez más insoportables, y la dificultad para respirar también.



El pánico se estaba apoderando de él de tal manera, que no sabía qué tenía que hacer para salvarse; y deprimido, en aquel sitio se quedó esperando su fin.

De súbito, la galería comenzó a inundarse. Y aunque esto suponía un peligro más, el agua disipaba los vapores tóxicos que le estaban asfixiando. Entonces se reanimó y, sin dudarlo más, salió corriendo en persecución de la brisa fresca, y no paró hasta llegar a la superficie. Se había salvado; pero el panorama que veía era desolador y nada halagüeño.

Todo había sido arrasado por un monstruoso incendio, y el paisaje parecía cubierto con un gran manto negro de destrucción sobre muchas, muchas hectáreas a la redonda. Sintió escalofrío, al pensar que podía ser el único superviviente de la catástrofe; y comprendía que con aquel horrendo panorama, sus posibilidades de sobrevivir eran escasas. Desconcertado, se puso a husmear por si percibía acaso algún hálito de vida. Pero sólo le llegaba un olor a muerte chamuscada e infame.

No tenía escapatoria posible.

Entonces creyó tener una alucinación por mor de los vapores tóxicos que había inhalado. En ella, se veía él como en un espejo, pero en el que su pelaje de color pardo castaño, aparecía gris cenizo; cosa nada extraña, dado el ambiente tan infernal que se respiraba.

¡Pero atención!. La figura, más allá del supuesto espejo, se movía mientras él estaba quieto. Y aunque su aturdimiento era grande, los movimientos de "su alucinación" eran demasiado ostentosos como para que lo que estaba contemplando fuera irreal. Entonces se armó de valor y se dirigió hacia su "doble". Por fin, se dio cuenta de lo que estaba pasando.

En medio de la tenebrosa catástrofe producida por el fuego, se había encontrado con otro de su mismo género, pero perteneciente a otra especie, pues éste, era un Topillo Neverón y él era un Topillo de Cabrera.

A pesar de que los primeros momentos fueron de desconfianza mútua, los dos estaban contentos de haberse visto.



-Lo tenemos chungo, primo.- dijo el topillo Neverón.

-Muy chungo, pariente.- respondió el topillo Cabrera.

De repente, un ruido ensordecedor pasó sobre sus cabecitas. Era un helicóptero, que llevaba colgando una gran bolsa de agua, la cual descargó no muy lejos ellos. Los dos topillos salieron pitando presos del pánico.

El agua caída hizo que en una pequeña vaguada se formara una charquita, en la que se metieron para aliviarse del tremendo calor que soportaban.

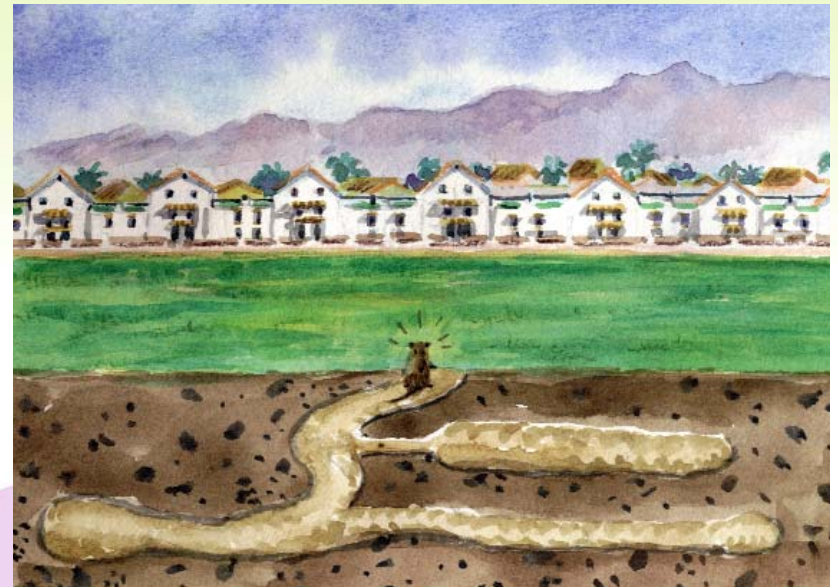
-¡Qué le he hecho yo a la especie humana para que me persiga y aborrezca tanto ?- exclamó Neverón, poniéndose erguido y extendiendo sus patas delanteras. La exclamación la hizo suya Cabrera.

-Eso mismo digo yo. Qué le hemos hecho.

-¿A ti también te persiguen?

-A mi también. Si no ¿cómo podría explicarse, que yo y muchos de los míos hayamos tenido que emigrar de nuestras praderas de toda la vida? Yo vivía en los Montes de Yergen - contaba Cabrera-, y allí un día muchos hombres comenzaron a hacer mucho ruido con unas enormes máquinas, y una gran polvareda se formó cubriéndolo todo.

La situación se fue haciendo insoportable, y tuve que irme a otra parte a vivir y construir nuevas galerías con mucho trabajito y fatiga. Llegó la época de mi hibernación, y a los cuatro meses,



cuando desperté, vi que el paisaje había cambiado y que las máquinas habían seguido comiéndose el terreno.

Ya no había tanta polvareda; pero habían crecido unas enormes edificaciones-. Mientras Cabrera hablaba, Neverón no dejaba de moverse y de mirar impaciente hacia el horizonte, como un centinela en estado de alerta-. Creí que todo aquello-continuó Cabrera- era una pesadilla, pero no; era real.

Pasó un tiempo y llegó mucha gente que ocupó los caserones y se quedó a vivir allí; e hizo una

cosa, que aún hoy después de haberlo pensado mucho, no me cabe en la cabeza.

Destruyeron amplias zonas de la pradera para después hacer lo que ellos llaman "jardines", en los que plantan un vegetal que a ellos les gusta mucho. Pero lo que más me sorprendió, es que parece que el crecimiento de esta hierba les enfada; pues siempre la están cortando con unas máquinas que parecen carritos y son ruidosas...

-No sigas compañero- interrumpió Neverón-, que lo que después te sucedió, te lo voy a contar yo-. Cabrera movió los bigotes sorprendido. -Pero antes vámonos de aquí y busquémonos un refugio para estar más seguros-.

Al borde mismo de una senda cortafuegos, encontraron refugio en la grieta de una roca, que un día partiera un rayo. Ya dentro, los dos topillos se sintieron reconfortados y tuvieron unos gestos de camaradería y afecto el uno hacia el otro, lamiéndose el pelaje mutuamente. Pero Cabrera sentía una intriga enorme por saber qué conocía Neveron de su vida y vicisitudes.

-A ver hermano por favor, cuéntame. ¿Qué sabes tú sobre lo que me pasó en el lugar en el que vivía?-preguntó.

-Pues estoy convencido de que, aunque te extrañaste con ese comportamiento de los humanos, pensastes que esos jardines eran buenos sitios para hacer galerías y comer semillas y gramíneas; pero te llevastes una desagradable sorpresa: la especie humana os vio a ti y a los tuyos como unos intrusos a los que había que exterminar, y además, os confundían con nuestros parientes los ratones. ¿no es cierto?

Cabrera estaba cada vez más sorprendido. "¿Cómo Neverón podía saber todo aquello?"

-Te sorprende que sepa todo esto. ¿Eh ?

-Mucho, Neverón. ¿Acaso tienes poderes adivinatorios...?

-Nada de eso primo. Lo que ocurre es que a mí me pasó algo parecido, y más cosas que puedo contarte... Yo vivía más arriba; en una pradera muy cerquita de unas cumbres nevadas, al lado de un lago en el que vive una princesa, que cuan-

do quiere amores, se transforma en un pájaro blanco fabuloso para seducir a los hombres más guapos, que viven o visitan Sierra Nevada.

Los topillos neverones somos los únicos seres que conocemos el secreto de la transformación de la princesa en esa ave extraordinaria. Por esta razón ella nos tiene un gran cariño; pues quiere que el secreto no se descubra, para seguir seduciendo a los hombres-contaba Neverón.

-Tiene que ser muy bella y muy hermosa-dijo Cabrera contradictoriamente, aunque después quiso rectificar-. Bueno... Quiero decir...

-Sí, ya- interrumpió Neverón. Pero dejemos a la princesa tranquila, y te sigo contando: Pues de aquella pradera tuve que emigrar a la fuerza a cotas más bajas. ¿Sabes Cabrera por qué?

-No. Dímelo ya- dijo impaciente Cabrera.

-Pues porque también construyeron en ella una urbanización de ésas; y vinieron por caminos negros que dividían nuestros territorios y separaban nuestros clanes y familias, muchos seres ruidosas que lo cambiaron todo.



Entonces no pude aguantar más tal desaguizado, y decidí con mi novia irme a vivir a un lugar más tranquilo, para que el hombre no siguiera persiguiéndonos. Y aunque añoraba las galerías de las cumbres altas, al lago y al pájaro-princesa, por aquí me he sentido muy a gusto y hasta tuvimos una numerosa prole... Que seguramente habrá matado este maldito fuego-dijo Neverón apenado.

-Querido Neverón. Ahora entiendo por qué sabías cosas que me han pasado a mí; pues los dos padecemos los mismos problemas para sobrevivir.

Dime una cosa primo- dijo Cabrera con suspense- ¿No te sentías humillado cuando los humanos te llamaban ratón?

-Mucho- respondió tajante el topillo Nival, como también se llamaba el topillo Neverón-. Y tanta ignorancia me daba rabia. Por que nosotros los topillos con nuestra costumbre de hacer galerías, logramos que la tierra sea más fértil, y eso no lo hacen otros roedores.

-Vamos, que tendrían que hacernos un monumento por la labor que hacemos, en vez de perseguirnos tanto- dijo Cabrera reivindicativo.

-Ya, Cabrera. Pero si ni siquiera nos conocen. ¿Cómo vas a querer tú que reconozcan lo valiosos que somos para el campo?-respondió Neverón.

Una terrible melancolía invadió el refugio. Nuestros dos topillos dejaron de hablar, y se pusieron a asearse cada uno por su cuenta. Lo hacían como estímulo para quitarse la tristeza que tenían. Fuera del cubil, el fuego parecía haber sido sofocado, y ya no había ruido de los helicópteros apagafuegos.

El cansancio y un ambiente más sosegado, hizo que los dos topillos se quedaran dormidos.

De costumbres más nocturnas que el topillo de Cabrera, Neverón se despertó a medianoche. Pero su despertar no fue por esa razón.

-Eh, Cabrera. Despierta- llamó con impaciencia a su primo y compañero de fatigas-. Quiero despedirme de ti-. El bueno de Cabrera aún descolocado por la soñera le dijo como pudo:

-¿Qué sucede? ¿Has olfateado a algún depredador cerca de nuestro refugio?

-No, no es eso. Es que me voy ahora mismo. Vuelvo al territorio en el que vivía-. Cabrera se rascó una oreja con una de las patas traseras.

-No entiendo, Neverón ¿Cómo puedes pensar en volver a un lugar en el que estás continuamente perseguido? ¿Por qué quieres volver a un sitio tan peligroso?- preguntó Cabrera anonadado.

-Porque he tenido un sueño en el que se me apareció un duendecillo -. Al ver la cara de asombro

de Cabrera, Neverón decidió contárselo todo-. En mi sueño estaba yo comiéndome unas gramíneas, cuando escuché una voz gritona que decía:

"¡No me comas, no me comas, que tengo un mensaje importante para ti!"

Yo no veía a quién pertenecía la voz. Pero de todas formas respondí.

Cómo podría comerte, si no te veo. Además no tienes nada que temer; los topillos nivales somos vegetarianos. Le dije yo.

"¡Entonces sácame de aquí, que estoy atascado!" Me dijo la voz desesperada.

Y de repente, ví que unas raíces de avena se transformaban en unas pequeñas patitas, que se movían más que el rabo roto de una lagartija.

Con enorme expectación, Cabrera escuchaba el sueño, restregándose los ojos de vez en cuando, como queriendo ver lo que Neverón le contaba-.





16 "¡Sácame de aquí, por favor!" - le seguía contando su compañero. Entonces, tiré poco a poco con mis dientes, de las patitas, que no dejaban de agitarse. Cuando las solté, apareció ante mí un duende diminuto verde marrón que decía llamarse Fango; que cuando se calmó, me agradeció que lo hubiera sacado del atasco y se puso a contarme:

Te traigo buenas noticias; pues me he enterado que los hombres han decidido respetar tus praderas, y ya no van a seguir construyendo más edifi-

cios y caminos negros. La pradera en la que tú vivías es ahora un hermoso vergel... Tu amigo, el Pájaro Blanco del Lago me pidió que te buscara para comunicártelo. Él quiere que vuelvas, porque te echa de menos.

Después el duendecillo se volvió cada vez más fangoso y azulado, hasta convertirse en un charco luminoso, que fue creciendo y creciendo extendiéndose por todas las galerías, iluminándolas. Me sentí feliz y agradecido, y la emoción hizo que me despertara. Entonces vi con claridad que tenía que volver a mi pradera.

Por este motivo, querido primo, he decidido partir sin más demora- dijo convencido Neverón, al que le brillaban los ojos de una manera especial.

-¿Y por tener ese sueño, vas a volver a un sitio tan peligroso? Un sueño sólo es un sueño- dijo Cabrera para que su primo fuera más realista.

-Ya. Pero cuando se tiene un sueño como ése, hay que aprovechar su mensaje- decía Neverón mientras se aseaba. Cabrera puso cara de no entenderlo-. El sueño me ha enseñado que hay

que luchar por las cosas importantes de uno. Además ¿de qué nos ha servido emigrar a las praderas de estos bosques, si también aquí el hombre nos pone en peligro, provocando desastres aún peores?

Cabrera reflexionó sobre los argumentos del topillo Nival, y pensó que llevaba toda la razón.

-¿Y, si es cierto que mi pradera se ha recuperado y está ahora como un vergel, tal como me decía el duende?- dijo Neverón con énfasis.

Este argumento hizo que por un momento, Cabrera visualizara también la pradera que había dejado, y la contempló más hermosa aún de lo que era.

-Llevas razón Neverón. Tenemos que luchar por nuestra supervivencia y hacerlo en los lugares que nos son propios. Yo también me voy a ver cómo está la pradera que dejé.

-Bueno, pues entonces aquí nos despedimos; pero podemos hacer una cosa- propuso Neverón-. Podemos vernos aquí mismito la pró-

xima primavera para contarnos cómo nos va la vida. Comprobaremos también si los hombres nos han valorado como nos merecemos. ¿Vale?

-¡Estupendo! Que así sea. Y se abrazaron y relamiéron a la manera que lo hacen los topillos.

Y como ya lo hicieran Rinconete y Cortadillo en el siglo XVI, cada uno se fue a buscar su propio horizonte de vida. El uno hacia el norte y el otro hacia el sur. Y los dos se despidieron convencidos de que otros seres también estaban luchando por su supervivencia y que volverían a verse, pues todo iba a cambiar.

FIN